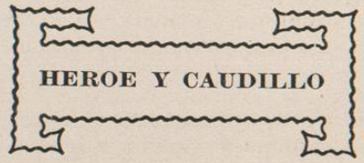

CAPITULO IV.

La Tranquilidad del Sr. Juarez.—Explicacion Psicologica.—Abandonan la Capital.—Traidores y Sediciosos.—La Ciudad Emponzonada.—Una Acta Infamante.—La Capital en Manos de los Traidores.—Juarez en San Luis Potosi.—Peregrinacion Gloriosa.—D. Santiago Vidaurri.—La "Via Dolorosa."—En Matehuala.—Recuerdo Historico.—El Problema.—Juarez en Monterrey, Chihuahua y Paso del Norte.—La Patria es Grande.

En los instantes supremos del desmoronamiento, en Mayo de 1863, el Gran Indigena, Presidente de una República que agonizaba, y rodeado por la derrota, el fracaso, la traición, la flaqueza y el desaliento, no perdía su calma habitual. La calma aquella con que, en Junio de 1861, causaba la admiración á la vez que inquietud de cuantos le veían dictando órdenes tranquilamente en Palacio, mientras la *Fiera Humana*, Márquez, atacaba la ciudad casi indefensa.

Sin embargo, la tranquilidad de Juárez, en aquellos momentos de duda é incertidumbre para otros, se explica psicológicamente. En él no había vacilación, no había ideas encontradas ó en pugna: no había *problema*. Lo que habría de resolverse, ya resuelto estaba en su espíritu; lo que incierto aparecía, instable, ilógico en la situación, no era para sacarle de quicio, pues que para él significaba *lo es-*

perado. Nada ocurre extraordinario cuando nos ponemos al lado de los acontecimientos, ó en abierta pugna con ellos. Los testarudos y los héroes son de la propia arcilla. Cuando lo que viene es lo que se espera, aunque sea lo malo, el pulso no se altera, ni los nervios pierden su laxitud fisiológica. Nada había de extraño en lo que ocurría para el grande hombre: todo lo sabía, todo lo conocía. Los semblantes que portan máscara, los corazones reblandecidos, el falso entusiasmo, la madera de la traición, las decepciones de la adversidad, las luchas sin cuartel contra hostiles elementos, físicos y humanos, sólo conseguían arrancarle agria sonrisa: eran antiguos conocidos á quienes había visto pasar tapándose el rostro. Le habían atacado ya, eran sus enemigos de antaño, pero nunca, jamás lograron vencerle. El mañana—el mañana de su fe inquebrantable—tendría que brillar, y diría entonces, como el ilustre Padre Mier, citando el texto sagrado: "ví al impío exaltado como el cedro del Líbano; pasé, y ya no existía....." En breve: Juárez traía su programa, el programa viejo, el programa sublime de su vida, el programa que encontró en estos dos versos que Sófocles pone en boca de Creón, en la *Antigona:*

"Jamás al enemigo de mi patria
A contar llegaré entre mis amigos."

No se comprende á Juárez de otra manera.—Tratad de arrojar sobre él la más insignificante mancha de traición..... Sí; lo podreis. Todo se puede. Los franceses dicen con verdad y energía: un perro puede ladrarle á un Obispo; pero, ese lodo.... os cae al rostro. La calumnia degeneraría en simple injuria: en lodo que ensucia, pero no mancha.

Tras de clausurar las cámaras y después de haber declarado benemérito al Ejército que con tanto brillo y abnegación hizo la defensa de Puebla, (*) abandonó la Capital, al frente de pesado convoy y numerosa comitiva.

Esta defensa fué inútil, desde un punto de vista meramente militar. Pero esta *inutilidad militar* no había escapado á la penetración del Presidente; por eso en su manifiesto de 10 de Junio, fechado en San Luis Potosí, dijo: "en Méjico, lo mismo que en Puebla de Zaragoza, hubiéramos rechazado á los franceses y *cedido luego a la* INVENCIBLE NECESIDAD." Y esto no lo aprendió el gran psicólogo *a posteriori*, por "la lección de los hechos," sino *desde antes* que estos se consumaran. Juárez conocía sus hombres y sabía valorar una derrota. La defensa de Puebla fué un magnífico triunfo moral para los republicanos, en nada inferior al 5 de Mayo. Probar lo que se puede hacer, es andar la mitad del camino. Por eso en el mundo tiene más fama la defensa de Puebla que el 5 de Mayo, aun siendo ambas hazañas gloriosísimas. Méjico era una nación despreciada. Sus mismos generales, como Uraga, desconocían el justo valor de sus soldados; Juárez lo sabía, sin ser militar; y nó lo había adivinado, sino que había *pensado* y *visto*. Por eso sus primeros pasos fueron encaminados á hacer *respetable* al soldado mejicano ante extraños y propios. Pues bien, todos sabemos que logró su objeto, á pesar de posteriores desastres.

El denodado General Díaz que, como digimos, se había presentado á Juárez tres días después de la rendición de Puebla, iba á proteger la salida de los poderes que se trasladaban á una ciudad del interior, más leal (si era posible encontrarla), y más bien situada para "promover la guerra contra el enemigo de nuestra *grande* y querida patria," según las palabras del Presidente.—Nótese que en esa palabra GRANDE, hay todo un "plan de campaña." En ella están esbozados los inmensos zigzags de San Luis Potosí á Paso del Norte. Bien sabía Juárez, que no se le acabaría su "grande patria" bajo sus pies; así tuviera que pisar las arenas del Bravo en los confines septentrionales.

Aún no había hecho una jornada, y ya se encontraba frente á frente con la traición en armas—las chusmas de Buitrón; y la traición en sus propios custodios—un batatallón maleado pretendía pasarse al enemigo. Se rompió el fuego por todas partes; el desorden cobró creces, rayó en pánico; mujeres y empleados civiles halláronse expuestos á las balas; los soldados leales habían perdido de vista á los traidores y se fusilaban unos á otros; por un intante se temió un serio desastre—cuando el Gral. Porfirio Díaz apareció en escena.—Destacó un cuerpo de caballería contra el enemigo traidor, y personalmente redujo á la disciplina al batallón insubordinado. Se restableció la calma; y la comitiva trashumante, y el convoy tardo y solemne como las caravanas del Desierto, siguieron su lenta marcha hacia el interior de la República.

Díaz marchó á Querétaro, con el fin de reorganizar el ya famoso *Ejercito de Oriente* (cuyo nombre intentaba per-

petuar), en tanto que el personal del Gobierno republicano, tras de permanecer un día en aquella ciudad, se dirigió á la Capital de San Luis Potosí, á donde inmediatamente estableció su administración, sin que serios obstáculos se lo impidieran. El día 13, Comonfort, á la sazón Ministro de la Guerra, decía á los gobernadores de los Estados: "por grave que sea la situación del país, (el gobierno) está firmemente resuelto á seguir defendiendo la independencia y el decoro de la República."

Y mientras así sus buenos hijos se aprestaban á una lucha de vida ó muerte, tan desigual cuanto gloriosa ¿qué acontecía en la ciudad de Méjico.

La primavera de la traición florecía exuberante, las hinchadas yemas de la vanidad gentilesca, reventaban en vástagos secos y hasta empolvados; los oriundos de extranjía sentían en sí algo que les obligaba á estrecharse recíprocamente, como medida precautoria para no reventar de gozo; dignidades noveles asomaban por todos los escondrijos; notabilidades flamantes, con el marbete limpio, lucíanse aquí y allí, mostrando en los interesantes rostros la visita reciente de una esperanza dulce á sus corazones; más de una chaqueta de bandolero, se renovó con parches rojos y azules alamares: cualquier cosa churrigueresca con visos de Francia. En los templos se decían misas solemnes, y en reclinatorios forrados de terciopelo de Utrecht, rostros encantadores se llenaban de lágrimas y labios rojos, imbesados, murmuraban con mística dulzura: "*¡oh, mon Dieu, come tu est bon, et come ils seront chamants les francais!*" —El comercio, el alto comercio, sobre todo, había cobrado inusitada animación. Desde el Palacio de Iturbide hasta el Zócalo, y de este al Palacio de los Virreyes, pasando por la Catedral y haciendo sesgo hacia el Empedradillo, parecía circular una corriente extraña, corriente de aire, de algo que saciaba sin llenar, de algo incorpóreo y que sin embargo se tocaba, que iba con los pedestres, se trepaba en las elegantes carretelas, asomaba por balcones y ventanas, aparecía en el fondo de los domicilios, se internaba por las oficinas, hallaba pasa franco en las sacristías, cu-

ratos, seminarios, y asilos diversos; ganaba en densidad al aparecer en caserones antiguos, de recios portones y claveteadas batientes, por donde asaltaban al olfato miasmas monjiles ó inquisitoriales: algo podrido. Los transeuntes hablaban entre sí confidencialmente, eran felices, ó mostraban serlo, *confidencialmente*, aunque las escenas de esparcimiento ocurrieran en medio de la calle; raro era el que osaba mostrarse satisfecho en público, sin lanzar en torno miradas de inquietud; en los lugares concurridos, los corrillos más bien parecían conciliábulos; pero, lo intenso, lo condensado de la situación: de aquella vaguedad, de aquella esperanza, de aquella miseria, de aquella incertidumbre, de aquella vergüenza, de aquel gozo inefable, acre, punzador, violento, dulce y nauseabundo, sólo podía encontrarse en los bufetes de ciertos abogados, donde el aroma del viejo nogal y el pergamino predominaba, ó de ciertos caballeros en los vetustos apartamientos, cuyos adornos murales de machetes y crucifijos, denunciaban la doble veneración de sus poseedores.—La ciudad estaba emponzoñada: por toda ella habíase extendido, á fuer de fluido sutilísimo: LA TRAICION A LA PATRIA.....

No habían hecho largo camino el Presidente y su ilustre secuela, casi podíanse escuchar los repiques de las cien iglesias metropolitanas, y aun deslumbraba la vista de los expedicionarios patriotas, el espejear de los lagos del Valle y las canosas montañas, de testas frías—como la entraña de los ingratos y de los malos hijos de la Patria—cuando los traidores se reunieron para formular una acta de vasallaje al invasor francés; acta redactada, nó con hipocresía, ni con dobléz, ni con maña, ni con odio siquiera, sino con la materia que brotó al picar el cáncer en un organismo corrupto. Casi toda la corrupción del país hallábase concentrada en Méjico, *quintesenciada*, si vale el neologismo, y de allí salió el acta de referencia; acta de abyección de sus autores, y que, para vergüenza suya y martirio de sus pósteros, la historia recogió con la fría indiferencia del escribiente que maneja expedientes terribles, en que se entrañan y de los que dependen vidas y honras.

Una comisión fué á Puebla, portadora del instrumento de adhesión y en manos lo puso del invasor de Méjico.—Cuando Forey alzó la vista para contestarles, ¿qué habría en su cerebro? ¿Qué ideas pasarían por el campo nublado de su mente—¡de su mente ocupada aún por los cuadros sangrientos y heroicos, las narraciones homéricas de hechos altos, nobles, egregios!—¡Ah, cuán pequeños aquellos desdichados!.....

Dejemos que en la Capital, Aguilar y Pereda y Almonte y Salas y otros "notables," propaguen la doctrina encerrada en el vergonzoso documento, y "convoquen á la nación por medio de sus *notabilidades*."—Ya habían echado garra al gran pretexto de los traidores de todo género, es á saber, "el desarrollo de los grandes elementos de prosperidad y grandeza que encierra el país," (CONSIDERANDO 2º); y todos sabemos lo que ocurrió después. El día 7 de Junio Bazaine entró á la ciudad, mandando la vanguardia del Ejército invasor, y el 10 hizo su entrada triunfal la retaguardia, que comandaba el *Vencedor de Puebla*. Los conservadores y afrancesados, esto es, "los mismos galgos con diversos collares," como el proverbio reza, les hicieron una recepción espléndida, que no hay para qué gastar espacio en describirla.

Bien sabido era que los Supremos Poderes Federales no podrían permanecer en San Luis Potosí mucho tiempo, por más que lo contrario pudiera desprenderse del manifiesto de 10 de Junio antes citado.

El elemento español, netamente conservador y afrancesado, dominaba en la ciudad. Los Ponciano Arriaga escaseaban lastimosamente, y la clase popular, fanática é ignorante, se dejaba arrastrar con más gusto á las banderas intervencionistas que á las republicanas. Hombres de valer, demócratas convencidos, no hacían falta allí, sin duda alguna, como también se encontraban en Querétaro y Puebla; pero, infortunadamente, se hallaban diseminados en la clase media y obscurecidos, casi neutralizados, como un elemento exótico, de poco vigor y escasa vida.

Nunca San Luis Potosí sobresalió por el patriotismo

de sus hijos; la cual aserción, con sumo gusto lo confesamos, sería de todo punto injusta si de la *ciudad* la hiciéramos extensiva al Estado.—¿Quién no recuerda, con orgullo, aquél Batallón de San Luis Potosí, que, al mando del eximio Escobedo, dió tantas pruebas de valor, obstinación y disciplina desde Acultzingo á Puebla? Rememoriemos un solo hecho, durante aquel sitio de Puebla tan fecundo en episodios de épica grandeza. El invasor había logrado volar una nueva cuadra del barrio de Pitimini y Santa Inés, el 25 de Mayo. Al despuntar la mañana de ese día, humeantes escombros, columnas polvorosas, relámpagos de fuego, y el retemblar producido por los derrumbes, anunciaban á invasores y patriotas la proximidad del combate. Pronto se vió á los sitiadores, envueltos en polvo y humo y cubiertos por graneadas si poco efectivas descargas de fusilería, lanzarse sobre las brechas, apareciendo tras de cada muro derrumbado ó montón de escombros, protegiéndose con todos los obstáculos y sacando de ellos provecho, pero marchando á paso de carga hacia una muerte que desafiaban impávidos.—Detrás de los muros, dentro de la ciudad, firmes en sus puestos, les esperaban contendientes dignos

El Coronel Auza, con el 3° y 5° de Zacatecas, estaba allí, dispuesto á sembrar de cadáveres y empapar de sangre los escombros, hasta forzar la victoria ó encontrar la muerte. La lucha cuerpo á cuerpo fué salvaje. Se peleó durante más de seis horas con un enemigo terrible, en mejores condiciones físicas y más numeroso. Los zuavos asaltaban con destreza de gamos y arranque de tigres; el fuego y el arma blanca les atraía, como el vino al ebrio y el imán al acero. No se pensaba en ceder, sino en destruir: en derramar sangre y más sangre. Habían ya mordido el polvo más de trescientos, y aun luchaban con furia cresciente—concientes, sin duda, de la debilidad relativa de sus adversarios.—Pero, cuando ya creían cerca la victoria, cuando se les antojaba haber cercado diestramente al poderoso enemigo, escúchase un grito de triunfo entre los combatientes mejicanos. A paso de carga avanza-

ba el valiente General Escobedo con el 5° DE SAN LUIS POTOSI. (*)—El día fué para el aguerrido ejército mejicano.—Un nuevo florón para la guirnalda de los triunfos de la República.

Habiendo Juárez recibido noticia de la aproximación del enemigo, resolvió trasladar el Gobierno á una ciudad fronteriza, donde seguro estaba, al menos, de que las masas populares no le eran hostiles. Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, eran patria de Zaragoza, Garza Ayala, Escobedo, Treviño, Naranjo, Juan José de la Garza, Martínez, Méndez, y otros muchos generales y jefes, ya reputados por la exaltación de su patriotismo y por sus ideas liberales.

No cabe duda que por esta época debió ofrecerse á Juárez y sus leales ministros, un problema serio y de gran trascendencia; es á saber, el derrotero que seguir debían los grandes patriotas—en cuyas manos poderosas reposaba el gobierno, en cuyos esforzados corazones se abrigaba el honor nacional y de cuyos cerebros preñados de angustias tendrían que salir las ideas salvadoras de las instituciones y de la patria—al alejarse de la Mesa Central y bajar á las vertientes de las grandes estribaciones montañosas, que forman la porción estratégica del país, defendido en esa región por la naturaleza misma.

Se alejaba, por decirlo así, del teatro de la lucha.—Trasladar el gobierno á San Luis Potosí, era una simple retirada; cambiarlo al Saltillo ó Monterrey, era abandonar el campo; atravesar el desierto, rumbo á Chihuahua ó Paso del Norte, convertíase en fuga. Fuga lícita, indudablemente, pero no por ello menos dolorosa.

Para juzgar á Juárez, y á quienes con fe en la causa y lealtad á su persona le acompañaban, es preciso no contentarse con verles moverse *en el mapa*, colocando la una

Este Batallón se hallaba compuesto de voluntarios del sur de Nuevo León y en menor número de Tamaulipas. El grueso del cuerpo formábanlo soldados de Matehuala y Catorce, y de varias haciendas inmediatas. Muy pocos, si acaso, de la capital del Estado. Formaba parte de este cuerpo, en el hecho de armas referido, el abogado y coronel tamaulipeco D. Juan José de la Garza.---El francés dejó 400 cadáveres en el campo y 160 prisioneros.

punta del compás en San Luis Potosí, la otra en el Saltillo, y avanzar luego la primera á Monterrey, siguiendo así el derrotero. Tampoco sirve para el caso inquirir sobre el número de ventas ó mesones del camino y la calidad de sus alimentos; ni es bastante tener en cuenta los discursos del Maestro de Escuela y el Alcalde del lugar, en los puntos que se tocan; ni es suficiente tampoco pesar la resistencia pasiva á las contribuciones de guerra en los lugares del tránsito; ni nada que sea simplemente material, documentario, ó fisiológico. Todo puede ir perfectamente en el organismo, en la hacienda, en las simpatías públicas, en la abundancia de comodidades físicas, para el reo político condenado á muerte; lo único que trae de duelo, angustiada, en tortura suprema, es *el alma!*..... Sí; es preciso estudiar el estado moral de aquellos hombres en su peregrinación á *Paso del Norte*, para juzgarles con equidad y acierto. Y de no ser esto posible, ó les abandonamos, sin historia, en la escena muda—al volver del Desierto—en que entregan á la Patria la Honra nacional y la Libertad salvadas del cataclismo, y nos resolvemos á ver á la Patria tomándolas de sus manos con ojos enjutos y sin una contracción de gratitud que asome al rostro; ó confesémonos indignos de atentar la magna obra. No se miden con compás, ni se pesan en balanza los actos extraordinarios de los grandes adalides. Por eso basta un instante—¡Guzmán en los muros de Tarifa!—para inmortalizar á un hombre al través de mil generaciones.

A pesar de las altisonantes circulares de D. Santiago Vidaurri, de años anteriores, en las que se mostraba celoso guardián y entusiasta partidario de las Leyes de Reforma, se debió haber desconfiado de él, de sus ambiciones mal disimuladas y del gran prestigio que, á fuer de cacique de miras liberales y progresistas, había sabido captarse entre los hijos de su Estado de adopción. (*) Porque, á pesar sus gran-

Vidaurri nació en Múzquiz (Santa Rosa) villa perteneciente al distrito de Río Grande, Coahuila. Mientras vivió procuró cuidadosamente obscurecer este hecho, haciéndose pasar en todas ocasiones por hijo de Lampazos. Mas bien profesaba desafecto á los coahuilenses, por virtud de ese laconismo estrecho é intransigente á que hemos hecho referencia.